

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, I.

GRAN HOTEL Y RESTAURANT IBORRH

(ANTIGUO HOTEL UNIVERSAL Y PARIS)

Establecimiento de primer orden, situado en el mejor y más pintoresco sitio de la Capital. = MURCIA.

AL DIA

RUSIA Y ESPAÑA

Parece que una ley fatal une estos nombres de naciones, bajo el conjuro de idénticos desastres. Rusia y España, tienen afinidades misteriosas, que ahora resaltan más, haciendo pensar hondo á los que buscan la génesis de los fenómenos sociales.

Como nosotros, los rusos fueron á la guerra, creyendo tener barcos de combate, cañones poderosos, arsenales completos, organización acabada, generales perspicaces, soldados valientes, parques llenos de armas y municiones. Y también, como nosotros, han visto con estuporación indignada, que no tienen en la realidad ninguno de esos elementos, factores de victorias en toda clase de luchas.

Sus ejércitos son derrotados, sus plazas sitiadas, sus barcos echados á pique.

Y estos desastres, no dejan pensar en la revancha, porque sus arsenales no pueden reparar los buques, porque las escuadras de reserva sólo tienen poder ofensivo en el papel, porque sus parques carecen de fusiles, porque á sus generales les faltan los dotes de inteligencia y los conocimientos tácticos que se requieren en las modernas campañas, donde el valor personal es anulado por la estrategia...

Esta guerra que conmueve al mundo, es una segunda edición de la nuestra con los yanquis. Santiago de Cuba y Port-Arthur, se unen en un mismo lazo de infortunio, y Makharoff y Cervera, ambos desgraciados é intrépidos, son las víctimas sacrificadas á un desastre irremediable.

Sucede en esta campaña lo que en las nuestras. Un ejército superior en número es derrotado en detall por fuerzas inferiores. Las maravillas de la extrategia, esa ley fundamental de la táctica moderna, que adjudica á la ofensiva la mitad de la victoria, guía á los

japoneses en el camino de Mukden, como antes guiara á los yanquis en el de Santiago de Cuba.

No faltarán en Port-Arthur y Liao-Yang Varas del Rey moscovitas que mueran abrazados á sus banderas, con el estoicismo de los antiguos espartanos. Pero su sacrificio será estéril ante la ola de los acontecimientos, ante las leyes inmutables que establecen sean vencidos los que improvisan la guerra en lugar de prepararla.

Como en Santiago, la escuadra rusa ha salido en busca de la salvación, tratando de evitar la rendición sin gloria, pugnando por buscar en los mares agua para sus quillas, campo donde desplegar sus elementos de combate. Y también como en nuestro desastre naval, los barcos rusos se han hundido á la entrada del puerto, impotente para huir, inútil para defenderse, abrasados por la lluvia infernal de proyectiles que hacen imposibles los legendarios abordajes.

¡Rusia y España! La ley inmanente que guía á la humanidad, inspira estas afinidades del infortunio. Port-Arthur y Santiago son los oasis de dos leyendas, el fin de dos epopeyas, que no han podido vencer, con la fuerza caduca de sus tradiciones, al empuje de lo nuevo que avanza, compacto y bramador como una ola...

CRÓNICA

Las Verbenas

Es una hermosura vivir en un pueblo tan religioso y tan aficionado á juerguecitas místicas como este de Madrid, que celebra al año un sinnúmero de fiestas de santos y vírgenes con sus correspondientes sermones, bailes, borracheras, palos y puñaladas.

Después de los oficios piadosos y del sermón en honor del santo ó de la virgen del barrio, el fervor católico excitado por el amilico de la taberna y el contacto de la carne que palpita bajo el percha *planchao* y el pantalón justo y ce-

ñido, pone á las gentes fuera de sí.

Hay que ver esos barrios altos y bajos en noches de verbenas!

¡Pobres vecinos enfermos y que tengan necesidad de reposo!

Las charangas, las murgas y los organillos, se encargan de tenerlos inquietos y en vela.

Y librese cualquier ciudadano pacífico que vaya solícito á sus quehaceres ó se retire tranquilamente á su casa, de pasar por una de esas calles estrechas, donde el Ayuntamiento, atropellando las ordenanzas de policía urbana, consiente que se interrumpa la circulación con unos postes revestidos de percalina de colores y enlazados con cadenas de papel, porque á la menor tímida observación que se permita hacer al hallar obstruido el paso, saldrá una comadre ingerta en bruja á arañarle, y una moza rabanerescamente descocada á insultarle, y un energúmeno en forma de chulo á darle cuatro *huan-tás* por *morrál*...

Y esto que ocurre al pacífico transeunte que no toma parte en la fiesta, es nada, comparado con lo que sucede entre los organizadores é invitados á los bailes de las verbenas.

Raro es el que termina sin que tenga que intervenir la pareja de guardias de orden público y los médicos de la Casa de Socorro.

Con esto de los festejos de los santos ocurre una casa rara.

Los santos y vírgenes populares, cuyas fiestas caen en esta estación del año, son objeto de jolgorio y regocijo, que no merecen los que caen en invierno.

Para estos no hay verbenas. La iglesia y los devotos se conforman con celebrar la fiesta de puertas adentro: pero la estación estival invita á que en honor de los otros, haya un poco de bullanga y jaleo callejero.

Las de Maravillas, S. Cayetano, San Lorenzo, la de la Paloma etc, se organizan bailes y á ellos después de la procesión y los sermones, acuden mozos y mozas, viejos y chiquillos, á expansionarse un rato santamente, sin perjuicio del intermedio obligado de bronca y *bofetás*, y el final probable de estacazos y puñaladas.

Y se comprende que así suceda.

Allí á pesar de la santidad de la fiesta, el calor atmosférico y el alcohol de vino tienen excitados los animos; los nervios; están en tensión tirante; las cabezas poco seguras; las pasiones alborotadas, los celos mal reprimidos... y además, el vals vertiginoso, la *habanera* cadenciosa, el ineneo incitante, el tacto de contornos suaves, el roce de muslos torneados y de prominencias palpitantes y mal aprisio-

nados que se agitan al compas de la danza, la proximidad de labios ardorosos que exhalan hálitos más embriagadores que el vino, el brillar de ojos que se entornan dulcemente en éxtasis voluptuoso... son motivos mas que suficientes para exaltar á cualquier hombre, haciéndole que en tal situación la menor contrariedad le saquen de quicio y le impulse á las mayores barbaridades.

De ahí la frecuencia con que de esas verbenas y jolgorios populares salgan crímenes como aquel de la calle del Salitre.

No pretendemos que las gentes dejen de divertirse en las fiestas populares, pero si pedimos en beneficio de la cultura del pueblo de Madrid y en evitación de lutos y lágrimas para muchas familias, como la del infeliz cabo Mariné, que esas fiestas y verbenas mientras sean como son ahora no las estimule ni las patrocine la iglesia, ni las tolere el Ayuntamiento, que debe convenirse de que á esta muy heroica Villa le sobran corridas de toros y bailes verbenescos.

J. M. Lopez Barberan

Madrid 30 de Junio de 1904

SUPRESION

Una persona respetable por su cuna, y por el título que ostenta, ha visitado nuestra redacción para decirnos, que protesta contra la supresion de los escudos nobiliarios que estaban en la capilla de los Verasteguis y Fontes, en nuestro templo Catedral, hoy usurpada por los cofrades de San Antonio de Pádua, que han tenido el talento de mutilarla, con el modernismo quitando cuadros, emblemas tradicionales de los fundadores, y si ha respetado los restos de Jacobo el de las Leyes y los del Obispo Alguacil, quizá sea porque están arrinconados en la izquierda.

Antes que nuestro querido amigo el Marqués de Torre Pacheco protestara de la profanación, «El Diario Murciano», al recordar la gloria de D. Juan de Verastegui, señor del Palmar, la de su heredero D. Antonio Lucas, Marqués del Campillo y su antecesor don Joaquin Fontes Riquelme Coque y Verastegui de Torre Pacheco, en las postrimerias del siglo XVIII, y en los albores del XIX, cuando representó á Murcia en la regencia del Cardenal Bernon, en las Cortes de Cadiz en 1810, «El Diario Murciano», protestó contra la supresion de los escudos, y no faltó quien dijera al muñidor del Pan de San Antonio D. Antonio Campillo, que los escudos tenían sitio donde colocarse.

¡No tanta democracia modernista! Esos emblemas del pasado, deben con-

